



























































































































*Tao y wu-wei*

ro. La razón por la que es imperecedero es que no vive para sí mismo. Por lo tanto, perdura. Así pues, el sabio, al situarse detrás, se encuentra en frente; al no identificarse con su persona, preserva su persona. ¿No es porque no vive para sí mismo por lo que se realiza a sí mismo?». En otras palabras, cuando el cambio ha tenido lugar, cuando él se descubre fuera de sí mismo, fuera de la trampa teleológica, la trampa pierde efecto, el mecanismo que busca resultados se endereza y ya no se busca ni se afirma a sí mismo.

Pero, recuerda, todo esto sucede *muí*, otra buena traducción del cual podría ser «de ningún modo», que es diferente de «de algún modo». N9 hay procedimiento, método ni técnica que tú o yo podamos usar para vivir en armonía con el Tao, el Camino de la Naturaleza, porque de algún modo cada método implica una meta. Y hacer del Tao una meta es como apuntar una flecha contra sí misma. Una vez sumergidos en el confuso estado de la flecha que intenta dispararse contra sí misma, el yo que intenta cambiarse a sí mismo, no podemos hacer nada para detenerlo. Mientras pensemos o sintamos que quizá lo podamos detener, que existe algún modo, violento o sutil, difícil o fácil, de ser desinteresados, la contradicción continuará o incluso irá a peor. Hemos de ver que no hay ningún camino. Una



*Conviértete en lo que eres*

vez alcanzado el estado en que nos damos cuenta de que no podemos hallar ningún camino, ningún resultado por conseguir, el círculo vicioso se quiebra. *Ouroboros*, la serpiente que se muerde la cola, ha dado toda la vuelta y se ha hecho consciente, y sabe, al menos, que la cola es el otro extremo de su cabeza.

Caemos en estos círculos a causa de la ignorancia, de la inconsciencia de la naturaleza de nuestras mentes, de nuestros procesos mentales, de nosotros mismos. Y el antídoto para la ignorancia no es la acción, sino el conocimiento, no el qué hacer, sino lo que conocemos. Pero aquí, de nuevo, el conocimiento necesario no parece ser, a simple vista, algo demasiado prometedor o esperanzador. Ya que el único conocimiento posible en relación a este ámbito es el conocimiento negativo, conocer la trampa, nuestro impotente cautiverio de una búsqueda inútil. El conocimiento positivo, del Tao, de Dios o de la Realidad eterna, implica una experiencia inmediata y momentánea. Nunca puede expresarse en palabras, y cualquier intento de hacerlo se convierte, sencillamente, en otro aspecto de la trampa. Sé, que no nos gusta escuchar que estamos encerrados en una trampa, que no podemos hacer nada para salir de ella; y aún nos gusta menos comprobar que es una viva experiencia. Pero no hay otro modo de li-

berarse de ella. Un proverbio dice que las situaciones extremas del hombre son las oportunidades de Dios. Sólo conseguiremos liberarnos cuando hayamos conocido el límite real de nuestra situación y descubramos que cualquier lucha por los ideales espirituales es completamente inútil, ya que el mismo hecho de buscarlos los aleja. Pero, ¿por qué habría de sorprendernos? ¿No se ha dicho una y otra vez que debemos morir para renacer de nuevo, que el cielo está siempre al otro lado del Valle de las Tinieblas, valle del cual la muerte física es simplemente un símbolo, y en el que el desamparado cadáver, atado de pies y manos en su apretada mortaja, es simplemente una figura de la muerte en que vivimos mientras sigamos confundiéndola con la vida?... Y a partir de aquí ¿hacia dónde vamos? Hacia ninguna parte. Hemos llegado a un final. Pero esto es el final de la noche.

## **EL SENTIDO DE LA LIGEREZA**

Una vez Chesterton dijo que los ángeles saben vo-  
lar porque se toman a sí mismos a la ligera. Uno ve  
tantos rostros ensombrecidos por la seriedad que  
sería comprensible si estuviera provocada por el  
dolor. Pero esta clase de seriedad que arrastra al  
ser humano a la tierra y mata la vida de su espíritu  
no es hija del dolor, sino de cierto tipo, de repre-  
sentación en la..que el „actor...se engaña al identifi-  
carse con su papel. Cuando los niños participan en  
la representación también lo hacen con seriedad,  
pero es diferente, porque el niño es consciente de  
que solamente es un juego y su seriedad es una for-  
ma indirecta de divertirse. Pero en el adulto esta  
seriedad se convierte en vicio, porque transforma  
el juego en religión, identificándose con el papel o  
posición en la vida que tanto teme- perder. Esto  
ocurre especialmente cuando la persona no ilumina-  
da alcanza cualquier nivel de responsabilidad;

*Conviértete en lo que eres*

desarrolla una falta de ligereza, de abandono, y una rigidez que indica que está utilizando su dignidad como unos zancos para mantener la cabeza por encima de la adversidad. El problema estriba en que, en lugar de representar su papel, es éste el que lo representa a él, convirtiéndole en el hazmerreír de todos cuantos le observan a través de su disfraz. El mensaje de la sabiduría oriental es que las formas de la vida son *maya* y, por lo tanto, desde el punto de vista de la realidad, carecen profundamente de seriedad. Pues el mundo de la forma y de la ilusión que la mayoría toma como reales, no es otra cosa que una especie de representación teatral del Espíritu, o, como lo han denominado los hindúes, la danza de Siva. El es el iluminado que se une a ella siendo consciente de que es un juego, ya que el ser humano sufre sólo porque se toma en serio lo que los dioses han creado por pura diversión. De ahí que el ser humano sólo se convierte en un ser humano cuando pierde el sentido de la ligereza de los dioses. Pues los dioses (o budas, o lo que prefiráis) son simplemente nuestra propia y ( más íntima esencia, que podría hacer añicos y reducir a la nada el universo en un momento si quisiera. Pero no es así, y los mundos continúan moviéndose con el propósito divino de un juego,

*El sentido de la ligereza*

porque, al igual que un músico, es un creador que se deleita en confeccionar un ritmo y una melodía. Unirse a su juego no es un deber, sino un goce, y quien no lo vea de ese modo no podrá participar en él ni comprenderlo.

# **PÁJAROS EN EL CIELO**

(Cientos veces de míso pensaba en  
 una palabra pausa dicha por I^o^JUq.  
 para no yo un acedor, en JJ<¿>JK (I I  
 ¿Por mí? Por placer de hacerlo.

¿Deja ramba un yo, un Dios,  
 «R»?

Al cruzar el cielo, una flecha o un pájaro no dejan huella. En la filosofía china e hindú esta recurrente metáfora se utiliza, aunque parezca extraño, para cosas que aparentemente no se asemejan en nada. La veloz trayectoria de una flecha que no deja huella se utiliza como imagen de la impermanencia, del paso de la vida humana a través del tiempo, de la verdad inevitable de que todas las cosas acaban por disolverse «sin dejar ninguna huella». Sin embargo, en uno de los dichos de Buda, la invisible trayectoria de los pájaros en el cielo se compara al modo de vivir de un sabio, la perfecta clase de persona que ha conseguido disolver su ego, como este poema chino lo define:

*Al penetrar en el bosque, no perturba ni una brizna  
 [de hierba;  
 al penetrar en el agua, no ocasiona ni la más leve  
 [ondulación.*



*Conviértete en lo que eres*

La imagen representa cierto número de cualidades que son, en realidad, diferentes aspectos de una misma cosa. Representan la libertad y el desapego de la mente del sabio, una conciencia que se asemeja al cielo, en la que la experiencia se mueve sin dejar mancha alguna. Como dice otro poema:

*Las sombras del bambú barren los peldaños,  
pero no levantan polvo.*

Y sin embargo, paradójicamente, este «desapego de» es también una «armonía con», ya que el ser humano que penetra en el bosque sin perturbar ni una brizna de hierba es un ser que no está en conflicto con la naturaleza. De manera parecida a los exploradores hindúes, avanza sin que se le oiga quebrar con sus pies ni una simple ramita. Al igual que los arquitectos japoneses, construye una casa que parece formar parte del entorno natural. La imagen también representa el hecho de que no es posible trazar ni seguir el camino del sabio, ya que la auténtica sabiduría no puede ser imitada. Cada ser humano debe hallarla por sí mismo, pues no hay modo de expresarla por medio de palabras, o alcanzarla mediante unos métodos o unas directrices específicas.

Pero en realidad existe una estrecha conexión

entre esos dos usos de la metáfora en apariencia diferentes, el camino del sabio, por un lado, y la permanencia de la vida, por otro. Y la conexión revela el principio más profundo y principal de aquellas filosofías orientales que tanto desconciertan la mente occidental al identificar la sabiduría más elevada con lo que a nosotros nos parece la doctrina de la lamentable desesperanza. De hecho, la palabra *desesperanza*, en un sentido particular, es la traducción adecuada del término hindú y budista de nirvana: *de-spirate*, expirar, morir. No podemos entender cómo los orientales comparan esta desesperanza con el gozo supremo, a menos que, tal como tendemos a suponer, se trate tan sólo de gente depravada y pusilánime acostumbrada durante mucho tiempo al fatalismo y a la resignación.

No deja de sorprenderme ver el modo en que los reflexivos occidentales, en particular los cristianos, parecen estar determinados a pasar por alto el punto esencial de esta conexión. Ya que ¿no es cierto que en la imaginaria cristiana prolifera el tema de la muerte como preludio esencial de la vida eterna? ¿No se ha escrito que el mismo Cristo «murió» después de haber exclamado que Dios le había abandonado? Y en las escrituras cristianas ¿no hay abundancia suficiente de paradojas sobre «no tener nada

y, sin embargo, poseerlo todo», acerca de encontrar nuestra alma al perderla, y sobre el grano de trigo que fructifica mediante su propia muerte?

«En efecto, así es, —dice el cura—, pero el cristiano nunca llega realmente a perder la esperanza, nunca muere realmente. A lo largo de toda la tragedia, a lo largo de toda la muerte y desesperanza exteriores, le fortalece la fe y esperanza interior de que "lo mejor está por llegar". Se enfrenta a lo peor que la vida puede ofrecerle con la firme convicción de que la realidad última es el Dios de amor y de justicia en el que ha puesto toda su esperanza para "la vida del mundo venidero".»

Ahora bien, creo que decimos, sentimos y pensamos tanto sobre esta esperanza que nos perdemos la increíble elocuencia del silencio budista relacionado con esta materia. En lo que se refiere a palabras, pensamientos, ideas e imágenes, las doctrinas budistas y la mayoría de las formas del hinduismo son tan negativas y desesperanzadoras que parecen una especie de alabanza del nihilismo. No sólo insisten en que la vida humana es impermanente, en que el ser humano no tiene un alma inmortal y en que, llegado el momento, cualquier huella de nuestra existencia está predestinada a desaparecer, sino que además vienen a indicarnos, como meta del hombre sabio, la

liberación de esta vida transitoria, lo cual parece sumamente difícil, un estado llamado nirvana que puede traducirse como desesperanza, y el alcanzar una condición metafísica llamada *shunyata*, una vacuidad tan vacía que no es existente ni inexistente. Ya que inexistencia implica existencia, su lógica contraparte, mientras que la vacuidad de *shunyata* no implica nada en absoluto.

Aunque parezca imposible, aún van más lejos. El nirvana, que en sí mismo ya es negación suficiente, es descrito en uno de los textos como no mejor que un tocón muerto al que atar tu burro, e insiste en que, cuando lo alcanzas, te das cuenta de que nadie ha alcanzado nada. Quizá pueda explicarlo de modo más inteligible. Esas doctrinas enfatizan primero el hecho triste y evidente de que el ser humano no tiene un futuro perdurable. Todo aquello que alcanzamos o creamos, sin excepción, incluso los monumentos que sobreviven a nuestra muerte, están predestinados a desaparecer sin dejar huella, y nuestro afán de permanencia es totalmente inútil. Porque, es más, la felicidad existe sólo en relación al sufrimiento, el placer en relación al dolor, por lo que el individuo perspicaz no intenta separarlos. La relación es tan estrecha queden cierto modo, la felicidad es sufrimiento, y el placer sólo existe porque implica

dolor. Consciente de ello, la persona dotada de perspicacia aprende a abandonar el deseo de cualquier tipo de felicidad al margen del sufrimiento, o de placer que no acarree dolor.

Pero, naturalmente, esto es difícil de llevar a cabo. Quizá pueda entender de un modo verbal e intelectual que al desear el placer estoy tratando de saciar mi sed con agua salada, ya que cuanto más placer, más deseo. (¡Recordemos el antiguo significado de *desear* como «carecer»!) Desear placer es no tenerlo. Pero parece que aún soy incapaz de deshacerme del hábito emocional de desearlo. Si entonces me doy cuenta de que me consume un deseo de placer que lleva implícita su carga de dolor, empiezo a desear no desear, a desear el nirvana, a intentar abandonar toda esperanza. Sin embargo, con esta actitud, simplemente he convertido el nirvana en otro nombre que designa el placer. Ya que placer, por definición, es el objeto del deseo. Es lo que nos gusta, es decir, lo que deseamos. Si descubro que este deseo es sufrimiento, y entonces deseo no desearlo..., bien, empiezo a experimentar la sensación de que «¿no habíamos estado ya aquí antes?».

Por eso el budismo sugiere el nirvana en términos que son negativos y vacíos, y no con la imagen positiva y atractiva que envuelve la noción de Dios.

Nirvana se equipara a *shunyata*, la Nada más allá de nada, para sugerir la imposibilidad de desearlo. Todo cuanto seamos capaces de desear lleva ímplicita una carga de dolor. El nirvana, la liberación del sufrimiento y el deseo, se denomina inalcanzable, no porque no pueda acaecer, sino porque no hay modo de buscarlo.

El punto de énfasis sobre la impermanencia es que cada objeto de búsqueda, de deseo, es en última instancia inalcanzable e inútil. Para librarnos de esta inutilidad, debemos cesar de buscarlo. Buscar a Dios, desearlo, es simplemente llevarlo al nivel de las metas inútiles o, en el lenguaje cristiano, confundir al Creador con sus criaturas. De igual modo, desear el nirvana es simplemente llamar con otro nombre el placer inaccesible. Mientras sigamos pensando en Dios, hablando de Dios o buscando a Dios, no podremos encontrarlo.

Ahora bien, desde el punto de vista de la cultura occidental, ya sea antigua o moderna, cristiana o laica, capitalista o comunista, esto constituye la gran herejía. Ya que la cultura occidental vive consagrada a la creencia de que hay una fórmula para la felicidad, una respuesta a la pregunta: «¿Qué debo hacer para salvarme?». Toda la propaganda política, toda la publicidad y la mayoría de lo que llamamos edu-

cación se basan en la asunción de que «existe un camino», y que tan sólo es cuestión de «saber cómo». (Si algunos detalles no se han acabado de matizar todavía, sólo hay que dar unos meses más a los científicos y seguro que lo harán.)

Pero ¿cuándo crecemos? En una profesión que combina filosofía, religión, psicología y educación, te encuentras con tanta gente que tiene la respuesta, la gran fórmula para la felicidad humana... si tan sólo pudiéramos ponerla en práctica, aunque, por una razón u otra, no lo hacemos. Así que cualquier persona que hable mucho sobre filosofía y psicología se supone que tiene las respuestas, y más o menos automáticamente se le adjudica el papel social de salvador, predicador, consejero y guía. ¡La persona que conoce el camino!

Pero no hay ningún camino. Nadie conoce el camino. El único camino que existe es la trayectoria de un pájaro en el cielo, ahora la ves, ahora no la ves. No deja la menor huella. La vida no se dirige a ninguna parte, no hay nada que alcanzar. Toda lucha y esfuerzo por aferrarse a algo es como el humo que intenta agarrar una mano que se disuelve. Todos estamos perdidos, arrojados al vacío desde que nacemos, y el único camino es caer en el olvido.

Esto suena muy mal, pero es así porque es una

verdad a medias. La otra mitad 110 puede expresarse en palabras. Ni tampoco se puede describir, imaginar ni pensar. En palabras, puede resumirse de este modo: todo el mundo está disolviéndose en la nada, y nadie puede remediarlo.

¿Es posible, sólo por un momento, darse cuenta de ello sin lanzarse a conclusiones, sin caer en el pesimismo, la desesperación o el nihilismo? ¿Cuesta demasiado admitir que todas nuestras bien tendidas trampas para la felicidad son sólo distintas maneras de engañarnos al creer que con la meditación, el psicoanálisis, la dianética, el raja yoga, el budismo zen o la ciencia mental lograremos de algún modo salvarnos de este final caer en la nada?

- Porque si no nos damos cuenta de esto, todo lo demás de la filosofía oriental, el hinduismo, el budismo y el taoísmo seguirá siendo un libro cerrado. Saber que no podemos hacer nada es el comienzo. La primera lección es: «Yo pierdo la esperanza».

¿Y entonces qué ocurre? Te descubres a ti mismo en un estado mental quizá más bien desconocido, en el que simplemente observas, sin pretender alcanzar, esperar, desear ni buscar nada, o intentar relajarte. Sólo observas, sin ningún propósito.

No debo decir nada sobre lo que sigue a continuación. Ya que tener expectativas, prometer un re-



sultado lo estropea todo. Las últimas palabras deben ser: «No hay esperanza, ni camino». Pero no hay ningún mal en añadir algo más, lo que yace al otro lado de la desesperación, siempre y cuando todos entendamos que ese algo al otro lado de la desesperación no puede ser deseado, y que, en todo caso, si se tienen expectativas, se pierde.

El proverbio dice: «El que espera, desespera». Seguro que estamos familiarizados con los numerosos actos involuntarios del cuerpo humano que, cuanto más los deseemos, mientras estemos ansiosos por conseguirlos, nunca se presentarán, como conciliar el sueño, recordar un nombre o, bajo ciertas circunstancias, la excitación sexual. Bien, hay algo que, como todo esto, sólo ocurre con una condición: que no intentemos conseguirlo, que nos demos cuenta claramente de que no podemos hacer que suceda. En zen se denomina *satori*, el súbito despertar.

Quizás ahora podamos ver la razón del doble significado de la metáfora de la trayectoria del pájaro en el cielo. Igual que el pájaro no deja huella, ningún rastro de su vuelo en el vacío, el deseo humano no puede obtener nada de la vida. Pero ser conscientes de ello es convertirse en sabio, ya que la mayor sabiduría reside al otro lado, inmediatamente al otro lado de la mayor desesperanza. Naturalmente,

*Pájaros en el cielo*

es algo más que desesperanza, es una dicha, un sentido de vida creativa y poder, podría incluso decir una seguridad y certidumbre más allá de lo imaginable. Pero es un modo de sentir que ni la voluntad ni la imaginación pueden provocar, igual que somos incapaces de obligar a nuestros huesos a que crezcan, o de hacer que disminuya la velocidad del pulso. Todo esto debe ocurrir por sí mismo.

Del mismo modo, todo lo que es positivo, el total contenido creativo de esa experiencia espiritual que se denomina despertar, nirvana, debe necesariamente ocurrir por sí mismo. No sólo no puede, sino que no debe ser inducido por desearlo o intentar alcanzarlo, ya que si uno lo puede desear, no se tratará realmente de esto.

## ANDANDO SOBRE LA RUEDA



Casi todos los principios fundamentales de la vida se pueden expresar de dos maneras opuestas. Hay quienes dicen que para alcanzar la más elevada sabiduría debemos estar tranquilos y serenos, inalterables en medio de la agitación. Y aquellos otros que afirman que debemos movernos al ritmo de la vida, sin detenernos un instante ni ante el miedo de lo que está por venir, ni para echar una mirada de arrepentimiento a lo que ya ha sucedido. Los primeros son los que escuchan la música dejando que el fluir de las notas pase por sus mentes sin intentar detenerlas o acelerarlas. Como el hombre perfecto de Chuang-tse, utilizan sus mentes como un espejo: no se aferra a nada, no rechaza nada; sólo recibe, pero no retiene. Los segundos son los que danzan al compás de la música, manteniendo el ritmo con sus movimientos y dejando que sus miembros fluyan con éste de un modo tan incesante y decidido que son como nubes que responden

al soplo del viento. Los unos parecen reflejar los acontecimientos a medida que pasan, y los otros, avanzar con ellos. Sin embargo, ambos puntos de vista están en lo cierto, ya que para alcanzar la más elevada sabiduría debemos andar y permanecer inmóviles a la vez. Consideramos la vida como una rueda que gira colocada verticalmente, con la persona andando sobre su neumático. A medida que avanza, la rueda gira bajo sus pies hacia él, y si no quiere irse hacia atrás y caer al suelo, debe andar a la misma velocidad que gira la rueda. Si la sobrepasa, se caerá hacia delante y se dará de bruces en la rueda. Pues vivimos en todo momento como si estuviéramos sobre una rueda; en el instante en que intentamos aferrarnos a ese momento, a ese punto concreto de la rueda, ya no se halla en la parte superior y hemos perdido el equilibrio. Así que, al no intentar aferrarnos al momento, lo conservamos, ya que en el preciso instante en que cesemos de andar, no podremos mantenernos quietos en equilibrio. Sin embargo, esta imagen implica una verdad más profunda todavía. Desde el punto de vista de la eternidad, nunca podemos abandonar, ni abandonamos, la parte superior de la rueda, ya que un círculo situado en el espacio infinito no tiene parte superior ni inferior. Dondequiera que tú estés es la parte superior, y la rueda sólo gira porque la impulsas con tus propios pies.

**EL LENGUAJE  
DE LA EXPERIENCIA METAFÍSICA**

Existe un área de la experiencia humana para la cual no tenemos, en realidad, ningún nombre adecuado en nuestras lenguas occidentales, ya que, aunque fundamental para materias tales como la religión, la metafísica y el misticismo, no es idéntica a ninguna de ellas. Me refiero a la clase de experiencia eterna que se describe más o menos como el conocimiento inmediato de Dios, o de la realidad última, del fundamento o esencia del universo, sea cual fuere el nombre con que se la represente.<sup>1</sup>

Según las antiguas tradiciones espirituales tanto de Europa como de Asia, que abarcan modos de vida y pensamiento tan diferentes como el budismo

1. No he equiparado esta experiencia con el «misticismo», porque éste contiene con frecuencia elementos simbólicos y afectivos que no son en modo alguno esenciales a la clase de experiencia de la que estoy tratando.



y el catolicismo, esta experiencia es el logro supremo de la vida humana, la meta, el fin hacia el que la existencia humana se ordena.

Sin embargo, según la filosofía lógica moderna—el empirismo científico, el positivismo lógico y similares— esta clase de afirmaciones no tienen ningún sentido. Aunque se admita que pueda haber interesantes y exquisitas experiencias de tipo «místico», la filosofía lógica encuentra absolutamente ilegítimo pensar que contienen ningún conocimiento de carácter metafísico, que constituyen una experiencia de la «realidad última» o del Absoluto.

Esta crítica no se basa en un análisis psicológico de la propia experiencia, sino en un análisis puramente lógico de conceptos universales tales como Dios, Realidad Última, Ser Absoluto y similares, que se ha demostrado son términos sin ningún significado. No es el propósito de este escrito describir los pasos de esta crítica en ningún detalle, ya que el estudiante de filosofía moderna debe de estar suficientemente familiarizado con ellos, y no parece que sea necesario discrepar con el propio razonamiento lógico. El punto inicial de este escrito, por perverso que parezca, se relaciona con el razonamiento básico de que la filosofía lógica moderna ha contribuido de un modo muy importante al pensamiento metafí-

*Las dimensiones espirituales de la no-violencia*

Si realmente queremos salvar la libertad y la democracia, sólo lo conseguiremos mediante una resistencia no violenta no menos valiente, no menos gloriosa, que la resistencia violenta. Y será infinitamente más valiente y más gloriosa porque dará vida sin quitar ninguna. 1-357

Cuando, ante un cataclismo como el que estamos presenciando, sólo unos cuantos individuos muestran una fe inamovible, éstos deben vivir su fe aunque quizá ésta no ejerza ningún efecto visible en el curso de los acontecimientos. Deberán creer que su acción producirá resultados tangibles a su debido tiempo. 1-381

Tales resistentes no violentos morirán calmadamente, pero no se arrodillarán ante su agresor. No dejarán que les engañen con promesas. No pretenderán liberarse del yugo británico mediante la ayuda de una tercera parte [los japoneses]. Creen firmemente en su forma de lucha y no en ninguna otra. Luchan en nombre de los millones de personas sin voz que quizá no saben que exista una cosa tal como la liberación. Nunca han sentido odio hacia los británicos ni amor por los japoneses. Quieren el bien de ambos, como de todos los demás. Les gustaría que ambos hiciesen lo correcto. Creen que sólo la no-violencia hará que el hombre actúe bien en cualquier circunstancia. 1-398

*Gandhi y la no-violencia*

La tarea a la que se enfrentan los devotos de la no-violencia es muy difícil, pero ninguna dificultad arredra al hombre que confía en su misión. 1-398

La mejor preparación para la no-violencia, e incluso la mejor expresión de la misma, consiste en seguir resueltamente un programa constructivo. [...] En mi opinión, quien no cree en este programa constructivo, no profesa ningún sentimiento concreto hacia los millones de personas que mueren de hambre. Quien no posee tal sentimiento no puede luchar de manera no violenta. En la práctica real, la expansión de mi no-violencia ha seguido el mismo camino que mi identificación con la humanidad hambrienta. 1-399

La no-violencia no conoce la derrota. Sin embargo, debe ser verdaderamente no-violencia, no un remedo de ella. II-8

Un *satyagrahi* debe estar siempre dispuesto a morir con la sonrisa en los labios, y su corazón no debe albergar rencor ni ánimo de venganza. Algunas personas han llegado a tener la errónea opinión de que la *satyagraha* significa únicamente ir a la cárcel, quizá sufrir algún golpe, y nada más. Esta *satyagraha* no nos traerá la independencia. Para

*Las dimensiones espirituales de la no-violencia*

ganar la independencia se debe aprender el arte de morir sin matar. 11-21

¿Debo hacer todo el mal que pueda antes de aprender a evitarlo? ¿No basta con conocer el mal para huir de él? Si ello no bastase, deberíamos ser lo bastante sinceros como para admitir que amamos demasiado el mal como para abandonarlo. 11-74

Un *satyagrahi* no puede retrasar una acción ni esperar a que se den las condiciones perfectas para ella. Debe actuar con los materiales que tenga en sus manos, purgar sus impurezas y convertirlos en oro puro. 11-110

La verdad y la no-violencia no son posibles sin creer firmemente en Dios, en esa fuerza omnisciente y eterna que impregna todas las otras fuerzas del mundo sin depender de ninguna, y que seguirá viviendo cuando las demás hayan perecido o dejado de actuar. Soy incapaz de responder de mi vida sin la creencia en esta Luz viva que todo lo abarca. 11-112

El crimen es una enfermedad como cualquier otra, y es el producto del sistema social imperante. Por tanto [en una

*Gandhi y la no-violencia*

India no violenta] cualquier tipo de delito, incluso el asesinato, será tratado como una enfermedad. 11-123

El asesinato nunca puede ser vengado con otro asesinato ni con cualquier otro tipo de resarcimiento. La única forma de vengar el asesinato es ofrecerse a uno mismo en voluntario sacrificio, sin ningún deseo de venganza. 11-131

En esta era de la bomba atómica, la no-violencia en estado puro es la única fuerza que puede confundir todas las trampas de la violencia juntas. 11-134

El desorden (si se puede describir así) que he defendido es como prescribir la comida sana que el cuerpo necesita. Tras mi «desorden» está la disciplina, la construcción y el bienestar de la sociedad. Es una protesta efectiva contra una ley o una acción injusta u ofensiva. Nunca puede adoptar la forma de evasión egoísta del deber. II-152

*EL ALCANCE POLÍTICO DE LA NO-VIOLENCIA*

Para Gandhi la no-violencia no era una táctica limitada a un aspecto de la vida o a un episodio aislado. Su no-violencia es un credo que abarca el conjunto de la vida en una red coherente y lógica de obligaciones. No se puede ser violento, por ejemplo, en las relaciones interpersonales o familiares, y no violento con respecto al alistamiento obligatorio en el ejército y la guerra. La verdadera no-violencia significa no sólo no colaborar con los evidentes males sociales, sino también renunciar a las ventajas y los privilegios que implícitamente garantizan aquellas fuerzas que la conciencia no puede aceptar.

Algunos de los textos siguientes reflejan las austeras implicaciones políticas de la forma de vida no violenta.

Mientras viví bajo un sistema de gobierno basado en la fuerza y participé voluntariamente de las muchas facilidades y privilegios que éste creó para mí, me vi obligado a ayudar a este gobierno en la medida de mis posibilidades cuando éste se veía implicado en una guerra, *hasta que no cooperé con tal gobierno y renuncié con todas mis fuerzas a los privilegios que me ofrecía.* 1-73

No hay escapatoria para ninguno de nosotros de no ser mediante la verdad y la no-violencia. Sé que la guerra es mala; un mal absoluto. Sé también que algún día se acabará. Creo firmemente que la libertad ganada mediante el fraude o el derramamiento de sangre no es libertad. 1-75

No basta simplemente con rechazar el servicio militar. [...] Ha llegado la hora de actuar, de combatir el mal. 1-106

*El alcance político de la no-violencia*

La no-cooperación en el servicio militar y el servicio en asuntos no militares no son compatibles, -j 1-108

Para ser un credo, la no-violencia tiene que abarcar todos los aspectos. No puedo ser no violento en una actividad mía y violento con las de los demás. Esto sería una política, no una fuerza vital. [1935] 1-110

*[¿La no-violencia en las grandes naciones?]*

Si pueden desprenderse del temor a la destrucción, si se desarman, automáticamente ayudarán a las demás a recobrar su cordura. Pero entonces esas grandes potencias tendrán que abandonar sus ambiciones imperialistas y la explotación de las llamadas naciones incivilizadas o semi-civilizadas de la Tierra y revisar su estilo de vida. Ello significa una completa revolución. 1-158

Los estados que hoy en día son nominalmente democráticos o bien tendrían que convertirse en abiertamente totalitarios o, si quieren ser verdaderamente democráticos, deberían abrazar valientemente la no-violencia. 1-159

La paz no será posible hasta que las grandes potencias tomen la valiente decisión de desarmarse. 1-176



No escuches a los amigos cuando el amigo que hay dentro de ti te dice «¡ Hazlo!». I-182

Sin el reconocimiento de la no-violencia a escala nacional, no existe nada semejante a un gobierno constitucional o democrático. I-199

El gobierno democrático es un sueño lejano en tanto la no-violencia no sea reconocida como una fuerza viva y un credo inviolable, no como una mera política. 1-200

*[La verdadera democracia]*

El verdadero demócrata es aquel que, con medios puramente no violentos, defiende su libertad, la de su país y, finalmente, la del conjunto de la humanidad. En las pruebas que se avecinan, los pacifistas deben demostrar su fe negándose resueltamente a participar en la guerra, ya sea ésta defensiva u ofensiva. Pero el deber de resistir corresponde únicamente a los que creen firmemente en la no-violencia; no a aquellos que calcularán y examinarán los méritos de cada caso y decidirán si aprobar u oponerse a una guerra concreta. De ello se sigue que tal resistencia es una cuestión que cada persona debe decidir por sí misma, guiándose por una voz interior, si se da cuenta de su existencia. 1-204

*El alcance político de la no-violencia*

No se puede construir la no-violencia en una civilización fabril. [...] La economía rural, tal como yo la he concebido, renuncia absolutamente a la explotación, y la explotación es la esencia de la violencia. Por tanto, para poder ser no violento hay que tener una mentalidad rural, y para tener una mentalidad rural hay que tener fe en la rueda. 1-243

En la guerra, la moralidad es contrabando. 1-268

La causa de la libertad se convierte en una burla si el precio que se debe pagar es la total destrucción de quienes tienen que disfrutarla. 1-272

*[Ambitos de la no-violencia]*

1. Resistencia a la autoridad constituida.
2. *Ahimsa* en los disturbios civiles (internos).
3. Invasión externa. 1-284

Nadie puede practicar una no-violencia perfecta. [...] Podemos no ser perfectos en nuestro uso de ella, pero descartemos definitivamente el uso de la violencia y pasaremos del fracaso al éxito. 1-292

*Gandhi y la no-violencia*

No toda legislación es violencia. La legislación que se imponen los pueblos a sí mismos es no-violencia en la medida en que esto es posible en sociedad. [...] El Estado en el que el pueblo es gobernado al mínimo es perfecto y no violento. A mi entender, las democracias europeas son la negación de la democracia. 1-292

No someter la propia mente significa no ceder ante la tentación. [...] Un hombre con una mente débil nunca puede ser un *satyagrahi*. Cuando este último dice «no» es «no» invariablemente, y su «sí» es un «sí» eterno. Sólo este hombre tiene la fuerza necesaria para ser un devoto de la verdad y de la *ahimsa*. Sin embargo, es preciso conocer la diferencia entre constancia y obstinación. Si tras haber dicho «sí» o «no» nos damos cuenta de que la decisión ha sido errónea, y a pesar de todo insistimos en ella, esto no es más que obstinación y locura. 1-317

El significado de negar nuestra lealtad está claro. No debemos inclinarnos ante la supremacía del vencedor. No debemos ayudarle a conseguir su objetivo. 1-317

El Estado no violento ideal será una anarquía ordenada. 1-324

*El alcance político de la no-violencia*

Si esta conflagración [la Segunda Guerra Mundial] debe concluir mediante un esfuerzo no violento, es un esfuerzo que sólo la India podrá llevar a cabo. 1-342

Naturalmente, los dirigentes saben por qué están luchando [Segunda Guerra Mundial], No admito que tengan razón. Pero ni los ingleses ni los alemanes ni los italianos saben por qué están luchando: sólo confían en sus dirigentes y, por tanto, les siguen. Creo que esto no es suficiente cuando lo que está en juego es algo tan sangriento y enorme como lo de esta guerra. [...] Cuando les pregunté a los soldados británicos en Sudáfrica durante la guerra de los bóers, no pudieron decirme por qué estaban luchando. 1-356

¿Qué diferencia representa para los muertos, los huérfanos y quienes se han quedado sin hogar que la aberrante destrucción se haya desencadenado en nombre del totalitarismo o en el santo nombre de la libertad o la democracia? 1-357

La libertad y la democracia dejan de ser santas cuando sus manos están teñidas de sangre inocente. 1-357

*Gandhiy la no-violencia*

La no-cooperación con el mal es un deber sagrado. 1-358

Un soldado de la paz, a diferencia de un soldado de la espada, debe dedicar todo su tiempo libre a fomentar la paz, tanto en tiempo de guerra como de paz. En época de paz, su trabajo es una medida para evitar, así como para preparar, las épocas de guerra. 1-366

Veo próximo el día del gobierno de los pobres, tanto si llega por la fuerza de las armas como por la de la no-violencia. 1-373

No se las puede combatir con éxito [a las grandes potencias] con sus propias armas. Al fin y al cabo, no se puede ir más allá de la bomba atómica. A menos que tengamos una nueva forma de luchar contra el imperialismo en todas sus facetas que sustituya al desfasado levantamiento violento, no existe esperanza para las razas oprimidas de la Tierra. II-8

[A los africanos] En el momento en que el esclavo decide que ya no seguirá siendo esclavo, sus cadenas caen. Se libera a sí mismo y muestra el camino a los demás. La libertad y la esclavitud son estados mentales. Por tanto,

*El alcance político de la no-violencia*

lo primero que tenemos que decirnos es: «Ya no acepto más el papel del esclavo. No debo obedecer las órdenes como tales, sino que he de desobedecerlas cuando entren en conflicto con mi conciencia». El llamado amo podrá azotarte e intentará obligarte a que le sirvas. Tú dirás: «No, no te serviré por dinero ni bajo ninguna amenaza». Esto puede conllevar sufrimiento. Tu disposición al sufrimiento encenderá la llama de la libertad, que nunca podrá ser apagada. 11-10

Llegará el día en el que las razas negras se levantarán como el vengador Atila contra sus opresores blancos, a menos que alguien les ofrezca el arma de la *satyagraha*. 11-12

La verdadera «tarea del hombre blanco» no es la de dominar con insolencia a las personas negras o de color bajo el disfraz de la protección, sino que es desistir de la hipocresía que le devora. Ha llegado el momento de que el hombre blanco aprenda a tratar a todos los seres humanos como sus iguales. 11-16

Hoy en día [1946] Occidente está atravesando un purgatorio. Quienes ganaron la guerra se han dado cuenta de que no son más vencedores que quienes la perdieron. Sin

*Gandhi y la no-violencia*

embargo, no es en la Segunda Guerra Mundial donde la civilización encontrará su sepultura. Esta está siendo cavada en Sudáfrica. La civilización blanca en Sudáfrica parece negra si la comparamos con la civilización asiática o de color que es comparativamente blanca. Si nuestro pueblo permanece constante y no violento hasta el fin, no me cabe la menor duda de que su heroica lucha clavará el último clavo en el ataúd de la civilización occidental, que está mostrando sus verdaderos colores en Sudáfrica.

11-24

Jesús era asiático. Si hoy hubiera renacido, hubiera ido a Sudáfrica y viviese allí, habría tenido que vivir en un gueto.

11-25

Quienes están de acuerdo en eliminar la desigualdad racial y, pese a todo, no hacen nada para combatir el mal, son impotentes. A estas personas no tengo nada que decirles. Al fin y al cabo, serán los desvalidos quienes tendrán que ganar su propia salvación.

11-28

Ningún gobierno de la Tierra puede hacer que los hombres que han logrado la libertad en sus corazones le aclamen contra su voluntad.

11-38

*El alcance político de la no-violencia*

Un reformador no puede navegar a favor de la corriente. A menudo tiene que ir contra ella, aunque ello le pueda costar la vida. 11-39

El verdadero amor es amar al que te odia, amar a tu vecino aun cuando no confies en él. Tengo razones de peso para desconfiar del mundo oficial inglés. Si mi amor es sincero, debo amar a los ingleses pese a mi desconfianza. ¿De qué valdría mi amor si sólo me permite amar al amigo en quien confio? Esto es lo que hacen los ladrones. Se convierten en enemigos así que se pierden la confianza. 11-42

Como impulsor del ayuno como una de las armas de la *satyagraha* debo dejar bien claro que no podría renunciar a una opinión que crea honestamente aun cuando el mundo entero ayunase contra mí. De no obrar así, podría también renunciar a mi creencia en Dios porque un grupo de ateos ayunase contra tal creencia. 11-46

No puedo apreciar ninguna actividad clandestina. Millones de personas no pueden actuar clandestinamente. Millones de personas no necesitan hacerlo. 11-50



*Gandhi y la no-violencia*

La humanidad está en la encrucijada. Tiene que elegir entre la ley de la selva y la ley de la humanidad. 11-56

La *ahimsa* pide la fuerza y el valor de sufrir sin vengarse por ello, de recibir golpes sin devolver ninguno. Pero ello no agota su significado. El silencio se convierte en cobardía cuando la ocasión exige decir toda la verdad y actuar en consecuencia. 11-57

No sois *satyagrahi* si permanecéis en silencio o como espectadores pasivos cuando vuestro enemigo está siendo llevado a la muerte. Debéis protegerlo aun a costa de vuestra propia vida. 11-63

Beneficiarse de los asesinatos de otros y engañarse pensando que uno es muy religioso y no violento, no es más que un puro autoengaño. 11-68

Bajo mi punto de vista, debo lograr la igualdad económica mediante la no-violencia convirtiendo al pueblo, poniendo en marcha las fuerzas del amor contra las del odio. [...] Para ello, he de reducirme al nivel del más pobre entre los pobres. 11-73

que yo soy, está completamente más allá de toda aprehensión o conocimiento. «Yo» no es una palabra que sugiera o signifique algo, es pura absurdidad, nada, por eso el budismo Mahayana lo denomina *tathata*, palabra cuya buena traducción podría ser «dadá», y *shunyata*, el «vacío» o indeterminado. De modo similar, los vedánticos dicen «*Tai tvam asi*», «Tú eres eso», sin ni siquiera dar una definición positiva de lo que «eso» es. El individuo que trata de conocerse, de aprehenderse a sí mismo, se vuelve inseguro, igual que uno se ahoga si contiene la respiración. Al contrario, el individuo que sabe que no puede aprehenderse a sí mismo abandona cualquier búsqueda, se relaja y se siente a gusto. Pero en realidad nunca sabe si simplemente aparta de sí el problema, sin parar a preguntarse, sentir, o hacerse vividamente consciente de la auténtica imposibilidad de conocerse a sí mismo.

Para la mentalidad religiosa del Occidente moderno, este enfoque totalmente negativo de la realidad es poco menos que incomprensible, ya que sólo sugiere que el mundo se asienta sobre las arenas movedizas de lo absurdo y del capricho. Para quienes equiparan cordura con orden, ésta es una doctrina de pura desesperanza. Sin embargo, hace algo más de quinientos años un místico católico dijo que Dios

«quizá se pueda alcanzar y mantener por medio del amor, pero nunca por medio del pensamiento», y que Dios debía conocerse a través de la «incognoscibilidad» y de la «ignorancia mística». <sup>6</sup> El amor al que se refería no era una emoción. Era el general estado de la mente que existe cuando un ser humano, al comprender que es imposible, desiste de aprehenderse a sí mismo, de ordenarlo todo y de ser el dictador del universo.

En nuestros días, la filosofía lógica emplea la misma técnica de negación, diciéndonos que en cada afirmación en la que creemos haber captado, definido o simplemente designado la realidad, tan sólo hemos dicho absurdidades. Cuando la lengua intenta expresarse a sí misma con palabras, lo máximo que cabe esperar es que se haga un nudo. Por esta razón, los procedimientos de la filosofía lógica sólo inquietarán a aquellos teólogos y metafísicos que imaginan que sus definiciones del Absoluto en realidad defi-

6. *The Cloud of Unknowing*, ed. Dom Justin McCann (Londres, 1943). La doctrina de «conocer a Dios a través de la incognoscibilidad (agnosia)» se deriva de la obra del metafísico sirio del siglo vi conocido bajo el nombre de Dionisio el Areopagita, y en particular de su *Theologia Mystica*, en *Patrología Graeca*, de Migne, vol. 3. En la edición del padre McCann, citada al inicio, se incluye una traducción de esta última obra.

nen algo. Pero los filósofos del hinduismo y del budismo, y algunos místicos católicos, tuvieron siempre muy claro que palabras como «*brahman*», «*tat-bata*» y «Dios» no significan algo, sino nada. Indican un vacío de conocimiento, algo parecido a una ventana definida por su marco.

Sin embargo, la filosofía lógica lleva su crítica aún más lejos, y dice que esta clase de afirmaciones y exclamaciones absurdas no son filosofía porque no \* aportan ninguna contribución al conocimiento, con lo que quieren decir que no nos ayudan a predecir nada, ni ofrecen ninguna dirección para la conducta humana. Esto, en parte, es verdad, aunque no tiene en cuenta un punto tan obvio como el de que la filosofía —la sabiduría— consiste, tanto en sus espacios como en sus líneas, en reconocer lo que no se conoce ni puede conocerse y a la inversa. Pero debemos ir más allá de este hecho. El conocimiento es más que saber cómo, y la sabiduría es más que predecir y ordenar. La vida humana se convierte en un fantástico círculo vicioso cuando el hombre trata de ordenar y controlar el mundo y a sí mismo más allá de ciertos límites, y esa «metafísica negativa» transmite al menos la orden positiva de relajar este exceso de esfuerzo.

Pero más allá de esto tiene una consecuencia positiva aún más importante. «Integra» la lógica y el pen-

Sarniento consciente con la matriz indeterminada, la absurdidad que hallamos en la raíz de todas las cosas. La asunción de que la labor de la filosofía, y también la de la vida humana, se alcanza sólo pronosticando y ordenando, y que lo «absurdo» carece de valor, se asienta sobre una especie de «esquizofrenia» filosófica. Si la labor del ser humano es sólo luchar con la lógica contra el caos y la de determinar lo interminado, si el «bien» es lo lógico y el «mal» lo enigmático, entonces la lógica, la conciencia y el cerebro humano están en conflicto con la fuente de su propia vida y capacidad. Nunca debemos olvidar que los procesos que forman este cerebro son inconscientes, y que bajo todas las órdenes perceptibles del mundo macroscópico yace el indeterminado absurdo de lo microscópico, el «giroscar» y «banerrar» de un «limazón» denominado energía, sobre el que nada conocemos. *Ex nihilo omnia fiunt*. Pero esta nada es algo bien extraño.

La filosofía lógica no parece haberse planteado el hecho de que los términos «absurdos», en lugar de carecer de valor, son esenciales a cualquier sistema de pensamiento. Sería imposible construir una filosofía o ciencia que fuese un «sistema cerrado» que definiese rigurosamente cada término empleado. Gödel nos ha dado una clara prueba logicomatemática del hecho de que ningún sistema puede definir

sus propios axiomas sin contradecirse, y, desde Hilbert, los matemáticos modernos emplean el punto como un concepto totalmente indefinido. De igual modo que un cuchillo corta otras cosas, pero no a sí mismo, el pensamiento emplea instrumentos que definen, pero no se puede definir. La filosofía lógica tampoco se libra de esta limitación.

Por ejemplo, cuando la filosofía lógica afirma que «el significado auténtico es una hipótesis verificable», debe reconocer que esta misma afirmación no tiene sentido si no se puede verificar. De igual modo, cuando insiste en que las únicas realidades son aquellos «hechos» demostrados por «la observación científica», debe reconocer que no puede contestar, ni contesta, la pregunta «¿Qué es un hecho?». Si decimos que los «hechos» o «cosas» son segmentos de experiencia simbolizados por los sustantivos, estamos simplemente cambiando el elemento irreductible de lo absurdo en nuestra definición del «hecho» por el de «experiencia». Es totalmente inevitable una cierta absurdidad básica, e intentar construir un sistema completo de pensamiento que se defina a sí mismo es un círculo vicioso de tautologías. El lenguaje apenas puede prescindir de la palabra «es», y, sin embargo, el diccionario sólo puede informarnos de que «lo que es» es «lo que existe», y «lo que existe» es «lo que es».

Si debe admitirse que incluso un término absurdo, sin significado o indefinido, es necesario a cualquier pensamiento, hemos admitido ya el principio metafísico de que la base o fundamento de todas las «cosas» es una nada indefinible (o infinita) más allá de todo sentido, que escapa siempre a nuestra comprensión y control. Es lo sobrenatural, en el sentido de lo que no se puede «definir» o clasificar, y lo inmaterial, en el sentido de lo que no se puede calcular, medir o «tocar». La fe es precisamente admitirlo con toda su plenitud, reconocer que, en última instancia, uno debe «entregarse» a la fuente de la vida, a un Yo más allá del ego, que está más allá de la definición del pensamiento y del control de la acción.

La creencia, en el sentido popular cristiano, no tiene comparación con esta fe, ya que su objeto es un Dios concebido con una determinada naturaleza. Pero en tanto que ese Dios pueda ser un objeto conocido de naturaleza definida, es un ídolo, y creer en un Dios de tal índole es idolatría. Por lo tanto, en el mismo acto de demoler el concepto del Absoluto como un «qué» o «hecho» sobre el cual pueden hacerse afirmaciones y determinaciones significativas, la filosofía lógica ha realizado su más vital contribución a la fe religiosa a costa de su antítesis, la «creencia» religiosa. Mientras que los positivistas lógicos in-

conscientemente unen sus fuerzas a la de los profetas hebreos en su denuncia de la idolatría, se descubre que los profetas están en la misma línea que la gran tradición metafísica que, en el hinduismo y en el budismo, ha optado por la exclusión de ídolos.

En resumen, la función de las «afirmaciones» metafísicas en el hinduismo y en el budismo no es la de transmitir una información positiva sobre el Absoluto, ni la de señalar una experiencia en la cual este Absoluto se convierta en objeto de conocimiento. Según palabras del *Kena Upanishad*: «El brahman es desconocido por aquéllos que lo conocen, y conocido por aquellos que no lo conocen». Este conocimiento de la realidad mediante el desconocimiento es el estado psicológico de la persona cuyo ego no está dividido o disociado de sus experiencias, que ya no se siente a sí mismo como una personificación aislada de la lógica y de la conciencia, separada del «giroscar» y «banerrar» de lo desconocido. Así pues, está liberado del *samsara*, de la rueda, de la jaula de arpillas psicológica de aquellos seres humanos que continuamente se frustran con las imposibles tareas de conocer lo que conoce, de controlar lo que controla y organizar lo que organiza, como *on-roboros*, la confundida serpiente que muerde su propia cola.



## **BUENAS INTENCIONES**

Hay un antiguo refrán que dice que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. A los que crean que la motivación es el factor más importante en la toma de cualquier decisión, les extrañará este dicho. Porque ¿no es tener la Correcta Motivación el primer paso hacia el camino de Buda? ¿Y no se insiste una y otra vez en que cada paso está lleno de peligro si no se da con una pura motivación? Pero, cuidado con las buenas motivaciones. Hay buenas intenciones y buenas intenciones, y las cosas no siempre son lo que parecen. No hay nada más fácil que renunciar al mundo por incompetencia en los asuntos mundanos. No hay ninguna sabiduría en desdeñar las riquezas simplemente porque uno es incapaz de obtenerlas, ni de despreciar los placeres de los sentidos porque se carece de medios para gozarlos. Si existe el deseo por tales cosas, y si dicho deseo es frustrado por las circunstancias, añadir el

autoengaño a la frustración es cambiar un infierno menor por otro mayor. No hay peor infierno que el que uno vive sin saberlo.

El deseo que se desprecia por la única razón de no poder satisfacerlo es uno de los mayores enemigos del hombre. Quizá se pueda pretender que no existe, que uno lo ha vencido, pero se debe responder con sinceridad a la pregunta: «¿Si pudiera satisfacer ese deseo, lo haría?». Si no se ha contestado a esta pregunta, presumir de renunciar al mundo, optar por una vida ascética no porque se desee, sino por necesidad y para enorgullecerse de uno mismo, es ocultar la cara al enemigo y convertirse en doblemente vulnerable. Por lo tanto, el primer paso en el Camino es saber qué quieres, no qué deberías querer. Sólo así puede empezar el peregrino su viaje plenamente preparado. De otro modo sería como un general que, dirigiendo una campaña en un territorio desconocido, en lugar de determinar su propia fuerza y la fuerza y posición de su enemigo, se preocupase solamente de lo que imagina que deberían ser. Y por muy bueno que sea lo que imagine, conducirá, sin ninguna duda, el ejército hacia un infierno.

# **EL NACIMIENTO DEL HIJO DIVINO**

*Estudio de un símbolo cristiano*

Incluso para el agnóstico, la historia de la Encarnación Divina debe ser una de las más fascinantes leyendas que nos ha legado el pasado. Aunque normalmente se acepte como una historia cristiana, se trata de uno de los mitos más antiguos de la raza humana, tan arraigado en los fundamentos del pensamiento que ningún mero escepticismo intelectual puede eliminarlo. Porque la razón actúa sólo en la superficie de la mente, y por muy racional que un individuo se crea, cuando duerme surgen de modo inconsciente pensamientos que él creía haber superado. En sus sueños los antiguos mitos aparecerán de nuevo, demostrando que hay una región del alma de la cual nada conoce y sobre la que no tiene ningún control. El poder de la Iglesia Católica yace precisamente en el hecho de que, más que ningún otro credo occidental, atesora aquellos mitos y símbolos que agitan las profundidades del pensamiento y del sen-

timiento. El racionalismo científico quizás altere la superficie, quizá cubra el espíritu con un ropaje diferente, o le haga desempeñar otro papel. Pero el resultado es sólo fingir, pretender, puro teatro, contra el que el ser interior se rebela, lo que ocasiona esos graves conflictos mentales que enajenan al hombre de la vida.

Sin embargo, la Iglesia demuestra a menudo ser inadecuada para curar la dolencia espiritual del individuo moderno porque éste encuentra imposible creer en la exclusiva interpretación que ella hace de los antiguos símbolos. Para los que son capaces de creer, la Iglesia es satisfactoria, no tanto en su interpretación como en los propios símbolos. Sea lo que fuere lo que leamos en ellos, parecen detentar un poder en sí mismos que ningún malentendido es capaz de destruir. Así, pues, la falacia del escepticismo moderno es que al rechazar las doctrinas de la Iglesia ha rechazado también sus símbolos, y por consiguiente, si no es demasiado dura la expresión, ha tirado al bebé junto con el agua del baño. Sin embargo, esta imagen del bebé es especialmente apropiada, porque quizá lo más importante de esos símbolos esté relacionado con el bebé, con el Niño Sagrado «concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María». A la Iglesia se le ha llamado la atención sobre el

inconveniente hecho de que esta misma historia esté presente en otras religiones de más antigüedad, como, por ejemplo, en la leyenda de Maya y de Buda, y en la de Isis y Horus. Para explicarlo, los doctos padres han recurrido a unas pobres respuestas, apelando al *demon ex machina*, el demonio, y sugiriendo que éste introdujo la historia en otras religiones para confundir al creyente. O incluso insinúan, por otro lado, que la gracia de Dios transfirió una porción de la Verdad Última a los infieles para que estuvieran preparados para la revelación cristiana, sugerencia a un mismo tiempo superficial y de mayor profundidad de lo que sus autores pretendían. Ya que crea el delicado y peligroso precedente de que la gracia de Dios ha sido impartida por otros medios que los de la Iglesia, y parece tanto una preparación a la conversión del infiel como al escepticismo de la ciencia. Y si el argumento se llevase a su lógica conclusión, desembocaría en la difícil cuestión de la identidad de Dios y del demonio, ya que uno es fuente de gracia y el otro de tentación.

Pero antes de tratar del significado esencial de la Encarnación, es interesante destacar algunas correspondencias importantes y sugerentes. En el tercer capítulo del Evangelio según san Juan, se dice que Jesús afirma que para que un hombre pueda entrar

en el reino de Dios, debe nacer de nuevo del Agua y del Espíritu. Además, en el primer capítulo del Génesis, se dice que antes de la creación del mundo el Espíritu se dirigió hacia la superficie de las aguas. Por lo tanto, parece ser que esos dos elementos, el agua y el Espíritu, son necesarios para la creación divina, ya sea la creación del universo o la del Hijo de Dios. De ahí que sea interesante preguntarse si esos dos elementos estuvieron involucrados en el nacimiento de aquel particular Hijo de Dios llamado Jesucristo. En seguida, de acuerdo con las enseñanzas ortodoxas, hallamos al Espíritu, el Espíritu Santo. No puede ser totalmente casual el estrecho parecido entre María y *mare*, nombre latino de «mar» (María es la forma griega), mientras que otras palabras significativas derivadas de la misma raíz sánscrita *ma-*, son Maya (la madre de Buda, que también significa el mundo de la forma, de lo fenoménico), *mater* (madre) y el término «materia». En todas las cosmologías antiguas, el agua es símbolo de la materia, que, en unión con el Espíritu, produce el mundo de la forma. Y mientras que el Espíritu es activo y masculino, el agua es pasiva y femenina. De ahí que, en sentido figurado, el agua sea la madre del mundo, y podemos de ello deducir que la historia de la Encarnación puede que tenga muchos significados igualmente



### *El nacimiento del Hijo Divino*

auténticos. En el plano de la cosmogonía, representa el nacimiento del mundo como resultado de la unión del Espíritu con la materia virgen, la siembra de la semilla de la vida en un suelo incólume. Pero su significado más importante es el referente al desarrollo espiritual del ser humano, a la idea del Segundo Nacimiento, a darse cuenta de que, por medio de este nuevo nacimiento, el ser impenitente puede convertirse en Cristo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre.

La ignorancia y la oscuridad espiritual es el resultado de estar inmersos en el dualismo, es un conflicto entre los opuestos, ya sea entre lo divino y lo humano, el yo y el mundo o lo consciente y lo inconsciente. Esta es la condición en la que se halla a sí mismo casi todo ser humano al despertar a la autoconciencia. Existe una oposición entre nosotros mismos y el universo en que vivimos y la sociedad a la que pertenecemos, ya que una y otra vez descubrimos que las exigencias de la vida están en conflicto con los deseos personales. Por eso hay una tendencia a llevarlo todo hacia nosotros mismos, a erigir una fortaleza y acarrear dentro de sus muros todas las cosas de la vida que deseamos de manera especial. Es como si uno tratase de seleccionar ciertos aspectos del carácter de su esposa, hijos o parientes, separarlos de todo lo demás y conservarlos en un ais-

lamiento inalterable. O como intentar persuadir al tiempo para que sea siempre agradable y cálido, o mejor todavía, como tomar un cuerpo humano y separar las partes bellas de las feas, con el resultado de que ambas mueren. Ya que esta separación, este aislamiento del yo en relación a la vida, sólo puede producir miseria y muerte espiritual. Separado de la vida, el yo no tiene sentido alguno, es como una nota solitaria sacada de una sinfonía, tan muerto como un dedo seccionado de la mano, tan estancado como una ráfaga de viento aprisionada en una habitación. Lo mismo puede decirse de cualquier persona, idea, objeto o cualidad que el yo intente aferrar y mantener como de su exclusiva propiedad. Por otro lado, la posición contraria es igualmente infructuosa. Si el yo se deja anegar totalmente por el mundo o está completamente absorbido en Dios o en la comunidad, es tan inútil entonces como un cuerpo que es sólo un miembro, tan apagado como el sonsonete de una nota ininterrumpida (o de cualquier nota concebible tocada en medio de un gran alboroto), y tan absurdo como una fotografía sin ningún color ni forma especial.

Pero entre esos dos opuestos, el yo y el universo, puede que haya una unión, no una fusión parecida a la del agua al mezclarse con el vino, sino una unión

semejante a la del hombre con la mujer, en la que ambos opuestos conservan su individualidad y, sin embargo, producen un fruto en forma de hijo. A menudo se cree que el objeto del misticismo es revelar la identidad de todas las cosas separadas, negar por completo cualquier tipo de existencia individual y hallar la Realidad Única, cuya multiplicidad de expresiones es sólo resultado de la ilusión. Pero hay un antiguo dicho budista que afirma: «Para quien nada conoce del budismo, las montañas son montañas, las aguas son aguas y los árboles son árboles. Cuando ha leído las escrituras y comprendido un poco su doctrina, las montañas dejan de ser montañas, las aguas aguas y los árboles árboles. Pero cuando se ha iluminado por completo, entonces las montañas vuelven a ser montañas, las aguas aguas, y los árboles árboles». Ya que, antes de que podamos apreciar realmente la cambiante individualidad de las cosas, debemos, en cierto sentido, darnos cuenta de su irrealidad. Es decir, se debe entender que no sólo uno mismo, sino todas las demás cosas del universo carecen de sentido y están muertas si se las considera en sí mismas como entidades permanentes, aisladas y autosuficientes. A menos que se la relacione con el todo, la parte no tiene ningún valor y la unión de la que nace el Hijo Divino es justamente esta relación de la par-

te con el todo o, más bien, esta comprensión de una relación ya existente.

De igual modo que el esposo debe, si en realidad ama a su esposa, recibirla y aceptarla plenamente al mismo tiempo que se entrega por completo a ella, el ser humano debe aceptar el mundo y entregarse a él. Recibir el universo en uno mismo, a la manera de algunos «místicos», es simplemente vanagloriarse con la idea de que uno es Dios, creando una nueva oposición entre el gran todo y la degradada parte. Darse de modo pleno e incondicional al mundo es convertirse en una no-entidad espiritual, un mecanismo, una cáscara, una hoja llevada por los vientos de la circunstancia. Pero si al mismo tiempo se recibe el mundo y se abandona el yo, entonces prevalece esa unión que origina el Segundo Nacimiento. Sólo en este estado es posible apreciar la vida en su real sentido, aceptar con amor, gratitud y reverencia lo que es agradable en otras criaturas y lo que no lo es, sabiendo que el gozo es inseparable del sufrimiento, la vida de la muerte, el placer del dolor. Más aún, el dolor y la muerte no se aceptan simplemente porque su contraparte produce vida y placer, sino porque son parte integral de la Vida Suprema y del Placer Supremo. La Vida Suprema es más que la vida que se opone a la muerte, de igual modo que una melo-

*El nacimiento del Hijo Divino*

día es más que un sonido; es la rítmica presencia y ausencia del sonido en el cual el silencio y la desaparición de las notas son tan importantes como la propia música. No es solo cuestión de tolerar la pausa por amor a la nota, a menos que digamos también que se tolera la nota por amor a la pausa. Ya que una eternidad de sonido es tan espantosa como una eternidad de silencio, y una eternidad de vida es tan horrible como una eternidad de muerte. Pero en las cosas hay una alternancia, un ritmo, una variedad, como si fueran una sinfonía universal. Y esta sinfonía es el Hijo del Padre, Sonido, y de la Madre, Silencio.

Así, cuando decimos que de la unión del yo y la vida (o el mundo) nace Cristo, queremos dar a entender que el ser humano se eleva a un nuevo centro de conciencia en el cual no es ni sólo él, ni sólo el mundo. Por el contrario, se centra en la armonía resultante de ese dar y recibir de uno a otro. En realidad, este centro ya existía, fuera o no conocido, ya que dos opuestos no pueden existir a menos que haya una relación entre ellos. Y esta relación, el Hijo, es el Significado, o lo que Keyserling denomina trascendencia, y lo que designa el término chino Tao, de igual modo que el hijo da un significado, una razón de ser, a los dos opuestos, al hombre y a la mujer. En

este sentido, el hijo es en realidad «un padre para el ser humano» y Cristo una unidad con el Padre. Porque, ¿qué es mera sustancia, mera energía, mero todo, mera parte, mero mundo, mero yo? Tomados por separado no son más que un instrumento, una herramienta, una porción inánime que el Tao reúne y moldea según su propio significado; en realidad, sin ese significado no podrían existir. En cuanto al significado en sí mismo, no se puede describir, sólo puede experimentarse, y únicamente puede experimentarse cuando existe esa especial clase de amor entre uno mismo y el mundo, que hace que esta unión represente mucho más que cualquiera de ellos por separado, de igual modo que para marido y mujer el hijo tiene más importancia que ellos mismos.

## EL VIAJE INTERIOR

Títulos publicados:

1. El viaje a Oriente  
*Hermann Hesse*
2. Amar y vivir  
*Thomas Merton*
3. Los Diez Pilares del budismo  
*Sangharakshita*
4. Reflexiones sobre Oriente  
*Thomas Merton*
5. Gandhi y la no-violencia  
*Thomas Merton*
6. Conviértete en lo que eres  
*Alan Watts*